

Adolescentes

Una historia natural

David Bainbridge

Traducción de Juanjo Estrella

Barcelona 2010 **Duomo ediciones**

Título original: *Teenagers*

Copyright © David Bainbridge, 2009
All rights reserved

© por la traducción, Juanjo Estrella, 2010

Primera edición en esta colección, marzo 2010

© Duomo ediciones, SL
Calle La Torre, 28 Bajos 1ª Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com
Grupo editorial Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 2.478 - 2010

ISBN: 978-84-92723-31-7

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Fotocomposición:
Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Sumario

Introducción. Un rayo de esperanza | 9

1. Dolores, quejas, bultos y granos

Por qué cuesta tanto hacerse mayor | 19

¿De dónde vienen los adolescentes? | 24

¿Qué activa nuestro interruptor sexual? | 36

¿Por qué el cuerpo experimenta todas
esas sensaciones desagradables? | 46

¿Por qué parecen distintos niños y niñas? | 54

¿Por qué son más maduras las niñas? | 75

2. Pensamiento, riesgo y rock'n'roll

Por qué es distinto el cerebro de los adolescentes | 89

¿Por qué los adolescentes son más listos que nadie? | 93

¿Viven los adolescentes dominados por sus hormonas? | 105

¿Por qué es distinto el cerebro del adolescente? | 118

¿Por qué tanto sueño, tanto riesgo, tanto enfado? | 130

¿Por qué los adolescentes empiezan a pensar
de otra manera? | 147

3. *Fuera de lo común*

La verdad sobre el alcohol, la nicotina y otras diversiones | 165

¿De dónde han salido todas esas drogas? | 168

¿Por qué las drogas afectan de modo distinto
a los adolescentes? | 176

Entonces, ¿es de veras malo que los adolescentes
consuman drogas? | 194

4. *Amor y pérdida*

Por qué las relaciones entre adolescentes pueden ser
lo mejor del mundo y también lo peor | 211

¿Por qué se sienten tan tristes los adolescentes? | 215

¿Por qué se sienten confusos los adolescentes? | 233

¿Por qué se preocupan tanto los adolescentes? | 245

¿Y qué es el amor? | 263

5. «Subidones» adolescentes

Las condiciones, los momentos y los porqués del sexo | 277

¿Por qué practican el sexo los adolescentes? | 281

¿Cuándo se supone que deben mantener
relaciones sexuales los adolescentes? | 291

¿Por qué se contagian de enfermedades
de transmisión sexual los adolescentes? | 302

¿Por qué es distinto el embarazo adolescente? | 313

¿Por qué se supone que los adolescentes
han de mantener relaciones sexuales? | 324

Conclusión. El largo juego | 341

Agradecimientos | 347

Bibliografía | 349

Índice | 377

Este libro está dedicado
a todos los que conocí en aquella época. Mmm.

INTRODUCCIÓN

Un rayo de esperanza

SER ADOLESCENTE ES una experiencia positiva y comprensible. Soy consciente de que no suele describirse en estos términos, pero pienso convencerlos de que se trata de una afirmación cierta.

Quien esté leyendo este libro habrá pasado por la adolescencia o estará pasando por ella en este momento. Sus efectos duran para siempre. Los años de la adolescencia son, de hecho, los más interesantes de la vida. Así lo afirma la ciencia. Y constituyen, además, unos años que pueden ser los más positivos: todo depende de lo que hagamos con ellos.

Entre los diez y los veinte años son muchas las cosas que pueden suceder por primera vez. Algunas son buenas, otras no, y muchas se sitúan entre esos dos extremos. En el transcurso de la lectura cada quién decidirá por sí mismo cuáles son esas cosas: el acné, las relaciones adultas, el alcohol, los exámenes importantes, los pechos, la depresión, el permiso de conducir, las drogas, la empatía, el «estirón», la independencia de los padres, la masturbación, los pelos nuevos que asoman en lugares desconcertantes, el orgasmo, la pornografía, la pubertad, la responsabilidad, el autocontrol, el sexo, el olor corporal, los cigarrillos, el trabajo. No se trata, claro está, de una lista completa, pero da una idea de lo mucho a lo que hay que enfrentarse en un solo decenio.

Con todo, el problema no radica sólo en la gran cantidad de cosas que hay que hacer. Nadie pasa por la adolescencia en régimen de

aislamiento. Cuando somos adolescentes, a nuestro alrededor parece surgir un desconcertante número de expertos. Todo el mundo parece querer aconsejarnos sobre lo que debemos hacer y lo que no, sobre cómo debemos hacerlo y con quién. En la mente joven no tarda en aparecer la sospecha de que, en realidad, los adultos no recuerdan sus años adolescentes con la suficiente claridad como para dar consejos válidos. Se trata de una sospecha que se traduce en una creciente desconfianza hacia la autoridad, desconfianza que no hace sino empeorar cuando los adolescentes descubren que los adultos también la albergan, pero que les desagrada encontrarla en toda persona menor de veinte años. ¿Será que ésa es la etapa en la que se supone que la gente tiene que crecer lo bastante como para dejar de creer en todo lo que le dicen?

Así pues, en la adolescencia se construye un conflicto ineludible: en el momento en que maduramos lo bastante como para querer tomar nuestras propias decisiones, todos empiezan a decirnos que trabajemos mucho, que planifiquemos, que no bebamos, que no consumamos drogas y que no nos acostemos con nadie. Y cuando los adolescentes piden a los adultos que razonen sus consejos, las razones rara vez aparecen. Un buen ejemplo de ello está en el consumo de drogas ilegales. Todos sabemos que mucha gente consume drogas y que parece disfrutar haciéndolo y, sin embargo, simultáneamente, a los adolescentes se les dice constantemente que las drogas son «malas». Cualquier adolescente sensato llega a la conclusión de que en todo este asunto hay alguien que se equivoca, o que miente. Pensar así no es ser «difícil», sino, simplemente, lógico. Pero, ¿por qué los consejos que se dan a los adolescentes suelen carecer de pruebas que los respalden? Si los adultos fueran del todo sinceros, ¿sabrían decir, en líneas generales, cuáles son esas pruebas?

Todo esto me sirve para abordar el enfoque que he querido dar a este libro. ¿Dónde pueden hallarse las pruebas? La buena noticia, por más sorprendente que pueda parecer es que esas pruebas,

de hecho, existen, aunque en gran parte sólo hayan aparecido en el transcurso de los últimos cinco años. Hoy sabemos mucho sobre drogas, sexo, pubertad y cerebro adolescente. Se trata de unos conocimientos que sólo hay que presentar de un modo sensato y claro para que todos podamos ver cómo funcionamos cuando somos adolescentes, y qué lecciones hemos de aprender. Los esfuerzos de los científicos, médicos y terapeutas durante los pasados decenios han revolucionado nuestra comprensión de todos los aspectos del proceso de crecimiento. Hoy sabemos cómo funciona gran parte de la adolescencia humana, y también tenemos una idea bastante clara de por qué ha evolucionado del modo en que lo ha hecho. En ocasiones puede parecer confuso, impredecible e incluso perverso, pero existe un patrón innegable que subyace a toda esa vorágine que es la adolescencia. Mientras escribía este libro e iba recurriendo a la biología del desarrollo, a la paleoantropología, a la neurociencia, a la fisiología, a la psicología, al psicoanálisis y a la política, me convencía cada vez más de que la adolescencia supone el momento más crucial de nuestras vidas.

COMO VEIS, creo que la adolescencia es eminentemente «comprensible». Pero tal vez recordéis que también la he definido, alegremente, como «positiva».

Los años de la adolescencia son, en potencia, un periodo muy bueno de la vida. Por desgracia, la gente se refiere a menudo a ellos como si no fueran más que un desagradable obstáculo entre la infancia feliz y la madurez de la edad adulta. No hay duda de que durante el segundo decenio de nuestra vida tenemos muchas cosas que hacer, y ya he enumerado algunas de ellas, pero lo cierto es que resultarán mejor si se abordan como oportunidades positivas. Nuestra comprensión de la evolución humana y de la historia de la sociedad avalan ese enfoque positivo. En lugar de un tránsito doloroso e incierto entre dos etapas de la vida, ser adolescente debería ser

visto como la etapa en que podemos tener lo mejor de ambos mundos: el encantador asombro del niño y la tranquilizadora independencia del adulto.

Comparados con otros animales, los seres humanos disponen de una existencia preadulta muy prolongada, y sería perverso afirmar que ello es así sólo para alargar un periodo de sufrimiento. Por el contrario, son muchas las pruebas que apuntan a que la evolución nos ha proporcionado los años de adolescencia por una razón muy válida: a largo plazo, nos ayudan a tener éxito en tanto que individuos (que es para lo que suele servir la evolución). Se trata de una época en la que podemos jugar un poco, vivir un poco y crecer un poco. En ocasiones se transmite la impresión de que la adolescencia es una etapa llena de peligros y zozobras. Evidentemente, nada está exento de riesgos, pero no deberíamos perder de vista que ser adolescente es una oportunidad única para experimentar con el mundo, con nosotros mismos y con los demás. Cuando pasamos por ella puede parecernos muy grave, pero pocas de las acciones que emprendemos en esa etapa llegan a tener consecuencias que perduran en la edad adulta. A veces me preocupa que asustemos tanto a nuestros adolescentes que no se atrevan a probar cosas nuevas; después de todo, la vida está para vivirla. Y todos deberíamos ser un poco irresponsables, sólo un poco, antes de llegar a los veinte.

¿POR QUÉ SOY precisamente yo quien ha escrito este libro, y por qué he querido hacerlo?

Tal vez deba hablaros brevemente de mi vida, para convencerlos de que puedo abordar el tema de la adolescencia desde un enfoque poco habitual y no sesgado. Sí, claro, podría hacer eso tan obvio que hacen los adultos y decir: «Yo también he sido adolescente», lo cual, por supuesto, es cierto. Pero, siendo más concreto, diré que nací nueve meses antes de la llegada del hombre a la luna, y que me crié en el sur de Inglaterra. Fui un niño alegre, y acabé por

hacer casi todas las cosas que suelen hacer los adolescentes: intentar que me sirvieran alcohol en los *pubs* sin tener la edad e intentar salir con gente que tuviera permiso de conducir. Discutía un poco, pero me lo pasaba muy bien, y después fui a la universidad, donde me lo pasé mejor aún. Gracias a mi buena memoria, logré matricularme en veterinaria y, como consecuencia de ello, estoy acostumbrado a tratar con animales peludos y agresivos. También en esa época nació en mí el interés por conocer de qué modo nos ha moldeado la evolución durante los últimos cien mil millones de años, fascinación que no me ha abandonado nunca, y que me ha acompañado en la escritura de este libro.

Al terminar mis estudios trabajé un año como veterinario, lo que con frecuencia implicaba tener que dedicar parte de mi tiempo a explicar biología a personas dotadas de interés y sentido común, pero que carecían de formación científica –algo que he seguido haciendo en mis libros–. Posteriormente me dediqué a la investigación científica en el Institute of Zoology de Londres, en un hospital maternal de Oxford y en una escuela de veterinaria londinense, además de impartir clases a alumnos universitarios y de asesorar a estudiantes de secundaria en la elección de sus carreras. Con el tiempo esas actividades han ido adquiriendo mayor relevancia, y en la actualidad trabajo en Cambridge como profesor y asesor a jornada completa.

Mientras sucedía todo esto, no sé cómo empecé escribir libros sobre biología destinados a un público general. El primero trató del embarazo, el segundo, de la sexualidad, y el tercero, del cerebro. Me he esforzado por ejercitar mi capacidad para explicar biología a la gente, y espero que ello se traslade también a ésta, mi cuarta obra. Escribir los libros que he escrito me ha enseñado que, en biología, son muy pocas las cosas que no pueden convertirse en historias divertidas y comprensibles. Y, lo más importante, gracias a ellos también me he dado cuenta de la gran importancia de los años de la adolescencia, y de lo poco que suelen valorarse.

Esos se convirtieron, pues, en mis motivos principales a la hora de escribir este libro, así como en las razones que me llevaron a pensar que era la persona adecuada para hacerlo. Me interesa el crecimiento, el sexo y la mente, así como las causas por las que la evolución nos ha llevado a crecer, aparearnos y pensar como lo hacemos. En mi opinión, ser adolescente es una historia que merece ser contada, pues puede ayudar a algunas personas a comprenderse a sí mismas y sus peculiaridades un poco mejor. Gran parte de mi trabajo me lleva a relacionarme con adolescentes que se hallan en los años finales de ese periodo, y nunca deja de horrorizarme la constatación de que gran cantidad de jóvenes en apariencia atractivos, inteligentes y seguros se sienten interiormente devorados por la inseguridad, la angustia y las dudas respecto de sí mismos. Con este libro pretendo explicar por qué suceden esas cosas, y por qué existen modos de ayudar.

UNO DE LOS ENEMIGOS de la alegría de ser adolescente es que, en ocasiones, la adolescencia puede analizarse en exceso, y que resulta demasiado vulnerable para el filo del reduccionista. Es posible que parezca raro que esto lo diga precisamente alguien que ha escrito un libro sobre el funcionamiento de la adolescencia, pero permitidme que exponga a qué me refiero. Se han escrito muchos libros sobre la pubertad, y muchos sobre educación sexual. Existen también numerosas obras que tratan sobre las drogas y las adicciones, y más aún sobre las relaciones entre adolescentes. Existen, incluso, algunos, que tratan específicamente del «cerebro adolescente». Muchos de ellos son excelentes, pero me preocupa que creen la sensación de que todos esos asuntos están completamente separados los unos de los otros. Y, sin embargo, según yo lo recuerdo, ser adolescente era más bien una mezcla de todas esas cosas –el intento de iniciar relaciones mientras mi cuerpo hacía cosas raras y el cerebro empezaba a funcionar de un modo distinto (al menos cuando no estaba empapado en alcohol u otras sustancias), sin dejar de ser consciente en ningún

momento de que todo mi ser se iba sexualizando. Todo era mucho más vago y más confuso de lo que los libros dan a entender, y tal vez es ese caos impredecible lo que eleva la adolescencia hasta un nivel de experiencia superior al de cualquier otra etapa de nuestra vida.

Por ello es importante no pensar en la adolescencia como en un periodo en el que se produce una serie de cambios compartimentados, desconectados entre sí. Por el contrario, todos esos cambios se solapan: el sexo influye en nuestro modo de trabajar, nuestras relaciones influyen en nuestras reacciones sobre el sexo, las drogas influyen en nuestros cambios de humor, etcétera. A pesar de ello, por razones prácticas debía dividir este libro en secciones manejables, por lo que las cinco partes de que se compone abordan los siguientes aspectos, por este orden: crecimiento, pensamiento, drogas, relaciones interpersonales y sexo.

Con todo, y hasta cierto punto, todo acabará fundiéndose, pues todo se produce simultáneamente, y cada aspecto de la vida adolescente afecta al resto. Así, la razón por la que ser adolescente puede resultar una experiencia más confusa que la de cualquier otra «etapa de la vida», es, simplemente, que en ella suceden más cosas que en cualquier otra: un adolescente ni es niño ni adulto, sino una mezcla compleja de ambos. Esos años no son un paréntesis, sino una colisión maravillosa y emocionante en que todos los hilos de nuestra vida se entrelazan de un modo que ya no volverá a repetirse.

Y de ese hermoso entrelazado nacen los hilos que componen al adulto, mucho mejor preparado gracias a sus años adolescentes. Como veremos en este libro, la evolución ha creado a los adolescentes porque éstos son el mejor modo que tenemos para llegar a ser adultos. No podemos vivir eternamente, por lo que debemos hacernos reemplazar por otras personas; dicho de otro modo, nuestra descendencia es nuestra manera de desafiar a la muerte. ¿Podría la adolescencia ofrecernos algo mejor?

La adolescencia puede ser una época maravillosa y valiosísima. Ser joven es un don, no un mal trago.

1. *Dolores, quejas, bultos y granos*

Por qué cuesta tanto hacerse mayor

Conversación junto a una piscina.

Mi sobrino de tres años: «¿Dónde tienes el pito?».

Mi hija de tres años: «Yo no tengo pito.».

Mi sobrino de tres años: «Y entonces, ¿cómo haces pipí?».

La única época en que escribí un diario fue entre los catorce y los dieciocho años

Aunque no suele ser ése un periodo que, en los chicos, se asocie a la constancia, me pasé tres años y medio escribiendo una entrada todos los días, casi siempre cuando no habían transcurrido ni veinticuatro horas del hecho a referir. A menos que algún desastre o alguna resaca me lo impidieran, me sentaba y transcribía con franqueza y sinceridad lo que me ocurría todos los días y todas las noches.

No tardé en desarrollar cierta habilidad para usar una letra y un estilo que habrían resultado del todo incomprensibles a cualquiera, lo que me proporcionaba gran seguridad en mí mismo. Es asombroso lo que uno está dispuesto a admitirse a sí mismo sobre un papel, sobre todo cuando sabe que lo que escribe es absolutamente secreto. Está claro que había muchos días en los que apenas ocurría nada, pero repartidos entre esos centenares de páginas aparecen momentos de importancia crucial en mi vida –nuevas expe-

riencias, nuevas perspectivas y nuevos sentimientos—, momentos que son mucho más numerosos en esos años que en cualquier otra época anterior y posterior. Lo rutinario se mezclaba con lo raro, y lo raro con lo delicioso. Recuerdo que me gustaba releerlo de vez en cuando para constatar cuánto había cambiado en tan poco tiempo, y cómo las cosas que hasta hacía poco me habían parecido imposibles y exóticas se habían convertido en algo aceptado y normal. El efecto acumulativo del diario me proporcionaba la sensación real de que me dirigía a alguna parte.

A medida que escribía y escribía, e iba releiendo, no me pasaba por alto que, casi sin darme cuenta, algo me había ocurrido. De modo muy gradual mis experiencias, perspectivas y sentimientos iban convirtiéndose en algo bastante espectacular. Sin percatarme de ello, yo ya no era la misma persona. Todos aquellos cambios, acumulados, me parecían ahora como una barrera, una cordillera entre mi yo de los dieciocho años y el niño que había sido. Todavía me aferraba a la creencia de que los niños no tienen que crecer —a veces sigo pensándolo—, aunque ya empezaban a acumularse pruebas en contra de aquella idea. Me había gustado ser niño y me gustaba tener dieciocho años, pero se trataba de dos «gustos» muy distintos. Y no había marcha atrás.

Por eso he incluido la cita anterior, porque me ha parecido que tal vez os hiciera pensar hasta qué punto vosotros también cambiasteis (o tal vez estéis cambiando), cuando erais adolescentes. Sin duda esa breve conversación os parecerá de esas cosas que sólo podríais haber dicho hace muchos años. Es posible, incluso, que os cueste imaginar que en algún momento fuisteis esa persona, pero lo cierto es que lo fuisteis, y que ya no podréis serlo más. Esas tres frases de charla infantil dicen mucho sobre la infancia —la ingenuidad sexual, la expresión sincera de la curiosidad sobre las vidas de los demás, la presuposición de que todo el mundo es como nosotros. Probablemente vosotros también penséis que entre vuestro yo de ahora y vuestro yo de entonces también existen montañas de

cambios. Quizá todos nosotros pasemos nuestros años de adolescencia ejerciendo de alpinistas mentales, emocionales y sexuales.

La otra razón por la que he usado esta cita es porque aporta un argumento importante sobre el hecho de crecer. En lo superficial, esa charla junto a la piscina trataba sobre las diferencias básicas entre la sexualidad masculina y femenina, y sobre el hecho de que los niños sean menos sexuales que los adolescentes y los adultos. Pero, al mismo tiempo, muestra que los niños también piensan y actúan de un modo fundamentalmente distinto a como lo hacemos nosotros. Contrariamente a lo que pueda pensarse a partir de la mayoría de debates sobre la adolescencia, ésta no se basa totalmente en el despertar del sexo. Sí, claro, el sexo constituye una parte importante de la vida, y es durante la adolescencia cuando mucha gente empieza a practicarlo, pero el segundo decenio de nuestra vida es mucho más que un curso acelerado de copulación. En este libro, un punto al que regresaré con frecuencia es que, en tanto que adolescentes, todos tendremos que crecer en muchos aspectos –sexual, física, intelectual, emocional, espiritualmente– y que todos esos procesos se dan mezclados. Sí, es posible que durante la adolescencia uno se «sexualice», pero también lo es que se «intelectualiza», que se «emocionaliza» y que se «espiritualiza». Y, claro, además de todo eso hay que aumentar de talla.

Como veremos pronto, creo que son tantos los aspectos que se salen de lo común durante el segundo decenio de la vida que ésta merece que se la vea como una etapa importante por derecho propio, y no meramente como un periodo de transición entre la infancia y la edad adulta. En efecto, mi intención es demostrar que se trata de algo incluso más importante que eso, que constituye una diferencia biológica esencial entre los seres humanos y otros animales. Dicho esto, también conviene mencionar la idea muchas veces citada de que el «adolescente» no es más que una construcción social moderna. Según dicha teoría, hasta la Segunda Guerra Mundial (o alguna otra fecha arbitraria), la gente abandonaba la infancia y

entraba en la edad adulta sin pasar por lo que hoy vemos como un estadio «adolescente». Sin embargo, y a pesar de ser cierto que las actitudes de la sociedad hacia los adolescentes han variado mucho con los años, y que las actividades adolescentes se han ignorado o suprimido con frecuencia, ello no implica que los adolescentes no existieran hasta la segunda mitad del siglo xx. Disponemos de abundantes ejemplos literarios que muestran que el concepto del adolescente como entidad diferenciada lleva centurias existiendo, si bien en formas modificadas propias de cada época. Los antiguos griegos y romanos celebraban mucho el estatus de los jóvenes y las doncellas en sus sociedades, por ejemplo –Homero y Virgilio escribieron subtramas definidas por sus osados protagonistas adolescentes–. ¿Y cabe imaginar que Shakespeare escribiera *Romeo y Julieta*, con todas sus pasiones desmedidas, impulsivas y contrarias, sobre una pareja de adultos? No, los adolescentes no son una idea social, sino, simplemente, bastante distintos a todos los demás.

Esta primera parte del libro supone un intento de responder a la misteriosa pregunta: «¿De dónde vienen los adolescentes?». La complejidad de la experiencia adolescente implica que existen varios modos de responder a esa cuestión. En primer lugar, volvemos la vista atrás y observaremos nuestra historia fósil para descubrir cuándo aparecieron por primera vez los adolescentes, y qué constituye, de hecho, el advenimiento del «verdadero adolescente». Después examinaremos los procesos que anuncian el inicio de la pubertad y la adolescencia en los adolescentes de hoy: cuándo el cuerpo, finalmente, decide concluir la tarea de hacernos hombres o mujeres. A continuación consideraremos los efectos de todos esos cambios en las partes de nosotros que no están directamente relacionadas con las relaciones sexuales con otras personas. No queremos lanzarnos al sexo tan pronto, por lo que abordaremos los aspectos que nos llevan a ser más altos, más flacos, más gordos, más peludos, etcétera. De hecho, la mayoría de adolescentes se pasan más tiempo deseando el sexo, evitándolo, preocupándose por de-

searlo y por evitarlo, que practicándolo. Así, nosotros vamos a seguir el mismo enfoque, y nos entregaremos al equivalente de quedarnos en nuestro cuarto preocupándonos por cosas como la razón de que nos huelan las axilas, y no regresaremos de lleno al asunto del sexo hasta la quinta parte. Finalmente, uniremos los indicios fósiles y biológicos del surgimiento del adolescente humano hasta convertirlos en una teoría que explicará por qué aparecieron los adolescentes, y para qué sirven.

De modo que la primera parte se centrará en los cambios corporales que los adolescentes deben soportar, tolerar o disfrutar –algunos de los aspectos repetitivos, raros y deliciosos que yo anotaba en mi diario. Y, si queréis asombraros constatando cuántas cosas cambian durante la adolescencia, os sugiero que rebusquéis entre vuestras cosas por si encontráis vuestros propios diarios, dibujos o cartas de esa época. Lo único que puedo aconsejaros es que no hagáis como yo y perdáis misteriosamente esos documentos escritos. Llevar un diario me pareció, en su día, una buena idea, pero debo admitir que he soltado un ligero suspiro de alivio al perderlo. No tengo ni idea de dónde se encuentra ahora, ni de si su actual propietario está a punto de descifrarlo.